

VIVIENDO EN EL EVANGELIO



Lección 1

LA ESTRUCTURA DEL EVANGELIO

La Idea Principal

Si constantemente el evangelio lleva fruto y crece (Col. 1:6), entonces todo tiene que ver con el evangelio: Dios, la humanidad, la adoración, las relaciones, ir de compras, la recreación, el trabajo, la personalidad... ¡todo! El objetivo en esta lección consiste en establecer un marco de referencia para hablar del evangelio. Este marco se desarrollará en detalle en las siguientes dos sesiones, de modo que esta lección está diseñada para ayudarnos a entender los conceptos y empezar a explorar la manera en que relacionan con la vida real.

Conversación Bíblica

Básicamente vamos a hablar de dos conceptos: la forma en que vemos a Dios y la forma en que nos vemos a nosotros mismos. Cuando se trata de la forma en que vemos a Dios, existe un continuo de opiniones. En un extremo, algunos tienen una opinión demasiado alta de Dios, hasta el punto de que se trata de alguien completamente ajeno a nuestra vida diaria. En el otro extremo, algunas personas tienen una opinión muy personal de Dios hasta el punto de que él es un amigo tan cercano que se pasa por alto su santidad. Lo mismo es cierto para la forma en que nos vemos a nosotros mismos: el continuo de opiniones va de la idea de que la gente es básicamente buena a la idea de que la gente es básicamente mala. Veamos cómo aterrizar en cada una de estas preguntas.

- *¿Hacia cuál de los extremos tiendes a ir cuando se trata de tu opinión de Dios:*
 - a) *majestuoso y un poco alejado*
 - b) *tan personal que casi nunca piensas en su santidad*
- *¿Cuál idea representa mejor tu opinión de la gente: básicamente buena o básicamente mala?*

- *Miremos dos textos bíblicos que resaltan estos dos conceptos. Las preguntas principales que debemos hacer al leer estos versículos son (1) ¿Qué dice acerca de Dios? y (2) ¿Qué dice acerca de mí?*
- *Isaías 55:6-9 ¿Cuál es tu reacción inicial a este texto? ¿Qué es lo que llama tu atención? ¿Qué dice acerca de Dios y de nosotros?*
- *Jeremías 17:9,10. ¿Cuál es tu reacción inicial a este texto? ¿Qué es lo que llama tu atención? ¿Qué dice acerca de Dios y de nosotros?*

Los textos nos introducen a la perspectiva bíblica de la santidad de Dios y nuestra condición pecaminosa. Para entender mejor estas ideas, lee este artículo. Luego considera algunas preguntas que te ayudarán a entenderlo.

Artículo: LA ESTRUCTURA DEL EVANGELIO

“El evangelio” es una frase que con frecuencia usan los cristianos, pero sin entender completamente su significado. Hablamos el lenguaje del evangelio, pero rara vez aplicamos el evangelio a cada aspecto de nuestras vidas, cuando eso es exactamente lo que Dios quiere para nosotros. El evangelio no es nada menos que “el poder de Dios” (Rom. 1:16). En Colosenses 1:6 el apóstol Pablo felicita a la iglesia de Colosas porque el evangelio “lleva fruto y crece... entre ellos desde el día en que lo oyeron” El apóstol Pedro enseña que la falta de una transformación constante en nuestras vidas proviene del olvido de lo que Dios ha hecho por nosotros en el evangelio (2 Pedro 1:3–9). Para crecer en la madurez en Cristo debemos profundizar y ampliar nuestra comprensión del evangelio como el medio señalado por Dios para la transformación personal y comunal.

Muchos cristianos viven con una perspectiva truncada del evangelio. Vemos al evangelio como la “puerta”, la vía de acceso, el punto de entrada hacia el reino de Dios. Sin embargo, ¡el evangelio es mucho más que eso! No es sólo la puerta, sino que es también el sendero en el que caminamos todos los días de la vida cristiana. No sólo es el medio de nuestra salvación, sino también el medio de nuestra transformación. Su poder no sólo consiste en liberarnos de la pena del pecado, sino también del poder del pecado. El evangelio es lo que hace que quedemos bien ante Dios (justificación) y también lo que nos libera para deleitarnos en Dios (santificación). ¡El evangelio lo cambia todo!

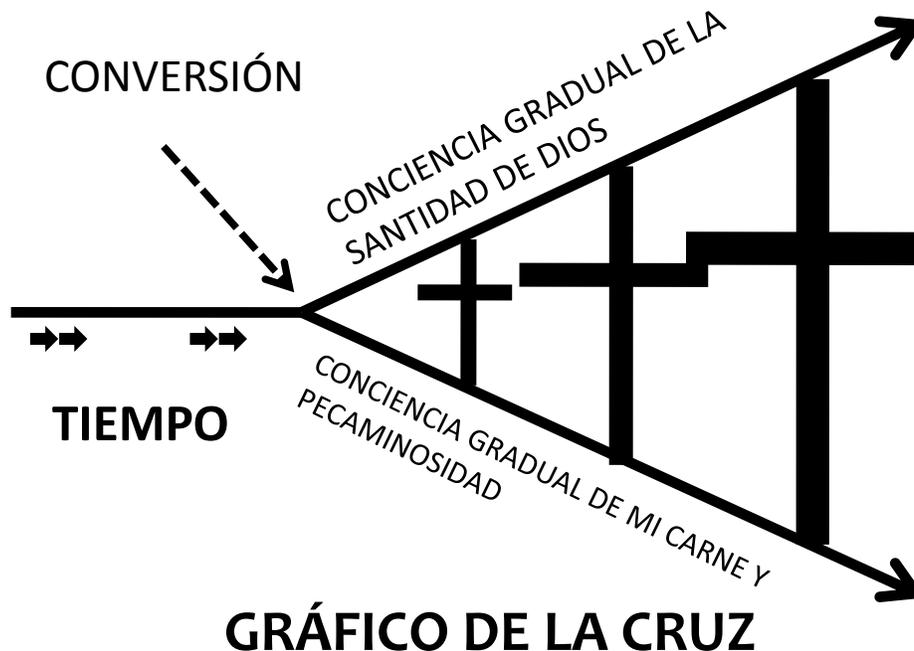


GRÁFICO DE LA CRUZ

El siguiente modelo ha ayudado a mucha gente para pensar en el evangelio y sus implicaciones. Este diagrama no dice todo lo que se puede decir del evangelio, pero sirve como una útil ilustración visual para entender cómo funciona el evangelio.

El punto de partida de la vida Cristiana (conversión) llega cuando por primera vez me doy cuenta de la brecha entre la santidad de Dios y mi propia pecaminosidad. Al convertirme, confío y pongo mi esperanza en Jesús, que ha hecho lo que nunca podría hacer: ha superado la brecha entre mi pecaminosidad y la santidad de Dios. Ha tomado la ira santa de Dios y la ha puesto sobre sí. No obstante, en el momento de mi conversión, tengo una limitada perspectiva de la santidad de Dios y de mi pecado. Mientras más crezco en mi vida cristiana, más crezco en mi conciencia de la santidad de Dios y de mi carne y pecaminosidad. Al leer la Biblia, experimentar la convicción del Espíritu Santo y vivir en comunidad con otras personas, la dimensión de la grandeza de Dios y la dimensión de mi pecado se van haciendo más claras y vívidas. No es que Dios se va haciendo más santo o que yo me voy volviendo más pecaminoso, sino que mi conciencia de ambos aspectos va en aumento. Cada vez veo a Dios más como realmente es (Isaías 55:8,9) y me veo a mí mismo como realmente soy (Jeremías 17:9,10)

A medida que van creciendo mi comprensión de mi pecado y la santidad de Dios, algo más va creciendo: mi aprecio y mi amor a Jesús. Su mediación, su sacrificio, su justicia y su obra de gracia en mi favor se van haciendo más dulces y poderosos para

mí. La cruz se va haciendo más grande y más central en mi vida al regocijarme en el Salvador que murió en ella.

Desafortunadamente, la santificación (el crecimiento en la santidad) no funciona tan ordenadamente como nos gustaría. Debido a la presencia del pecado que aún reside en mi vida, tengo una tendencia recurrente a minimizar el evangelio o “encoger la cruz”. Esto sucede ya sea cuando (a) minimizo la perfecta santidad de Dios, pensando de él como algo menos de lo que su palabra declara que es, o (b) cuando elevo mi propia justicia, considerándome como alguien mejor de lo que soy en realidad. La cruz se hace más pequeña y disminuye la importancia de Cristo en mi vida.

En las siguientes semanas hablaremos más de las formas específicas en que minimizamos el evangelio. Para poder contrarrestar nuestra pecaminosa tendencia a encoger el evangelio, debemos nutrir constantemente nuestras mentes con la verdad bíblica. Necesitamos conocer, ver y saborear el carácter santo y justo de Dios. Y también necesitamos identificar, admitir y sentir la profundidad de nuestra condición pecaminosa y maltrecha. No necesitamos hacer estas cosas sólo porque “se supone que eso es lo que deben hacer los cristianos”, sino porque se trata de la vida que Dios quiere para nosotros: una vida marcada por un gozo, una esperanza y un amor que son transformadores.

Creer en el evangelio significa ver más de la santidad de Dios y más de mi pecado. Y debido a lo que Jesús ha hecho por nosotros en la cruz, no necesitamos temerle a Dios al verlo tal cual es, o al admitir lo maltrechos que estamos. Nuestra esperanza no radica en nuestra propia bondad, ni en la vana expectativa de que Dios comprometerá sus normas de santidad y calificarnos en comparación con los demás. Más bien, descansamos en Jesús como nuestro perfecto Redentor, Aquel que es “nuestra justicia, santificación y redención” (1 Cor. 1:30)

PREGUNTAS PARA EL REPASO

- *¿Cuáles son las implicaciones en tu vida de mirar el evangelio sólo como la “puerta de entrada” a la vida cristiana?*
- *¿Cuáles son las dos cosas que deben ir creciendo a medida que maduramos en la fe? Y ¿Cómo se relacionan en tu relación con los demás?*
- *¿Cuáles son las dos formas en que encogemos la cruz? Y ¿Cómo nos ayuda la gracia de Dios a mantenernos en la perspectiva correcta?*
- *¿Cómo has visto cambiar y crecer tu perspectiva de Dios en este tiempo?*

Suplemento

SEIS FORMAS DE MINIMIZAR MI PECADO

PONERME A LA DEFENSIVA

Se me hace difícil recibir comentarios acerca mis debilidades o de mis pecados. Cuando soy confrontado, mi tendencia es dar explicaciones, hablar de mis éxitos o justificar mis decisiones. Como resultado, la gente duda en acercarse a mí y rara vez converso acerca de las cosas difíciles en mi vida.

¿Podrías comentar algún suceso reciente al respecto?

FALSIFICAR

Me esfuerzo en guardar las apariencias y mantener una imagen respetable. Mi comportamiento, en algún grado, es impulsado por lo que creo que los demás piensan de mí. Tampoco me gusta reflexionar concienzudamente sobre mi propia vida. Como resultado, no mucha gente me conoce de verdad (Incluso ni yo conozco a la persona que verdaderamente soy)

¿Cómo te ha ayudado este tiempo en tu grupo pequeño para crecer en esta área?

ESCONDERME

Tiendo a disimular lo más que pueda acerca de mi vida, especialmente las “cosas malas”. Esto es diferente de falsificar, pues ella tiene la intención de impresionar. Esconderse tiene que ver más con sentir vergüenza. No creo que la gente me acepte o ame a la persona que soy en realidad.

¿Cómo me ayuda el evangelio para dejar de esconderme y sentir vergüenza de lo que soy?

EXAGERAR

Tiendo a pensar (y hablar) de mí con mayor importancia de lo que debiera. Hago las cosas más grandes de lo que son en realidad (generalmente para llamar la atención). Como resultado, las cosas reciben más atención de lo que merecen y me hacen sentir estresado o ansioso.

¿Qué puedo hacer intencionalmente para abandonar este hábito?

CULPAR

Culpo rápidamente a los demás o a las circunstancias por algún pecado mío. Se me hace difícil apropiarme de lo que yo haya contribuido a un conflicto o a un pecado. Hay un elemento de orgullo que da por sentado que no es mi culpa y un elemento de miedo al rechazo si en realidad es mi culpa.

¿Cómo hubieras tomado tu responsabilidad en esa ocasión cuando actuaste así?

MINIMIZAR

Tiendo a darle poca importancia al pecado o a las circunstancias en mi vida, como si fueran “normales” o “no tan malas”. Como resultado, las cosas no reciben la atención que merecen y se van amontonando hasta el punto de volverse abrumadoras.

Ejercicio

EL JUZGAR A LOS DEMÁS

Una manera de apreciar el valor del Gráfico de la Cruz es aplicarlo a un área específica en la que las personas luchan comúnmente. Las preguntas de abajo nos ayudarán a ver la conexión entre el juzgar a los demás y nuestra perspectiva del evangelio.

1. ¿De qué maneras específicas juzgas a los demás?
2. ¿Cuáles son las razones por las que juzgas a los demás?
3. ¿Cómo es que estas razones reflejan una perspectiva distorsionada de la santidad de Dios?
4. ¿Cómo estas razones reflejan una perspectiva distorsionada de nuestro propio pecado?
5. Piensa en una persona en tu vida a la que constantemente estás juzgando.
 - a. ¿Cómo se vería afectada esa relación con una perspectiva correcta de la santidad de Dios?
 - b. ¿Cómo se vería afectada esa relación con una perspectiva correcta de tu pecado?



Lección 2

MINIMIZAR Y MAXIMIZAR

La Idea Principal

Esta lección trata con la manera en que “encogemos la cruz”, lo cual es un indicador de que hace falta algo en nuestra comprensión, aprecio o aplicación del sacrificio de Cristo por nuestro pecado. Esto se manifiesta en dos maneras principales: minimizamos nuestras malas obras y maximizamos nuestras buenas obras. Al minimizar, reducimos el pecado haciendo de nosotros mismos algo que no somos. Al maximizar, reducimos la santidad de Dios pues reducimos sus normas a algo que podemos alcanzar, y de esta forma nos ganamos su favor. Ambas tienen su raíz en una inadecuada perspectiva de la santidad de Dios y nuestra identidad.

Conversación Bíblica

La parábola (Lucas 18:9-14)

- Al leer, ¿con cuál personaje te identificas más? ¿Cuál de las dos actitudes es la más parecida a la tuya? ¿Por qué?
- ¿Qué te gusta (o disgusta) de la idea de ser como el fariseo?
- ¿Qué te gusta (o disgusta) de la idea de ser como el publicano?
- ¿Por qué el fariseo es “el malo” de esta parábola? ¿Acaso son malas las cosas que hace?
¿Cuál crees que es el problema de raíz?

La historia Lucas 18:18-23

¿Cuál es la perspectiva que tiene este hombre de Dios?

¿Cuál es la perspectiva que tiene este hombre de sí mismo?

Artículo: LA CRUZ ENCOGIDA

La semana pasada mirábamos un modelo que ilustra lo que significa vivir a la luz del evangelio. Esta semana queremos mirar más de cerca las maneras en que

minimizamos el evangelio y reducimos su impacto en nuestras vidas.

Nota que la línea superior del gráfico dice: “Conciencia gradual de la santidad de Dios”. Como dijimos en la sesión anterior, esto no significa que la santidad de Dios *en sí* esté creciendo, puesto que Dios no cambia en su carácter; él siempre ha sido infinitamente santo. Más bien, esta línea muestra que cuando el evangelio

está obrando correctamente en nuestras vidas, es nuestra *conciencia* del carácter santo de Dios lo que está creciendo constantemente. Nos vamos dando cuenta del peso de las gloriosas perfecciones de Dios en maneras más profundas y más plenas.

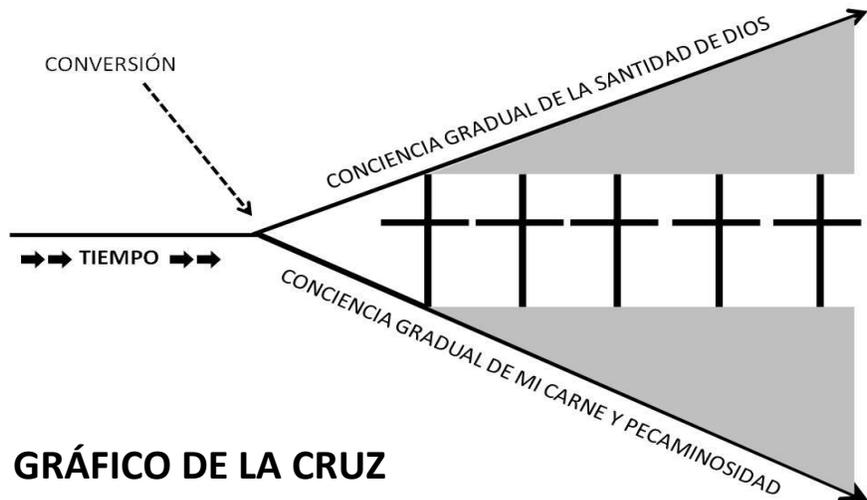


GRÁFICO DE LA CRUZ

Del mismo modo, la línea inferior muestra que cuando el evangelio está obrando correctamente en nuestras vidas, la conciencia de nuestra propia pecaminosidad está creciendo de manera consistente. Esto no quiere decir que nos estamos volviendo más pecaminosos, (de hecho, si estamos creciendo en Cristo, empezaremos a ver la victoria sobre el pecado), sino que nos vamos dando cuenta más y más de la verdadera

dimensión de la pecaminosidad en nuestro carácter y en nuestro comportamiento. Podemos ver que somos más profundamente pecaminosos de lo que nos habíamos imaginado.

A medida que estas dos líneas se separan, la cruz se va haciendo más grande en nuestra experiencia, produciendo un amor más profundo por el Señor y un entendimiento más pleno de su bondad. Al menos, ese es el ideal, aunque en realidad, debido al pecado que aún vive en nosotros, somos propensos a olvidarnos del evangelio, de alejarnos de él como cuando un barco queda libre de su atracadero. Es por esa razón que la Biblia nos urge a “no movernos de la esperanza del evangelio” (Col. 1:23), y que la Palabra de Cristo more en abundancia en nosotros” (Col. 3:16). Cuando no estamos anclados en la verdad del evangelio, nuestro amor por el Señor Jesucristo y nuestra experiencia de su bondad se hacen muy pequeños. Terminamos encogiendo la cruz al minimizar nuestro pecado o maximizando nuestro buen comportamiento.

Miremos de nuevo la línea inferior del gráfico. ¡El crecimiento en la conciencia de nuestra propia pecaminosidad no es divertido! Significa admitir (ante nosotros mismos y los demás) que no somos tan buenos como creemos. Significa afrontar lo que Richard Lovelace llamó la “compleja red de actitudes, creencias y comportamiento compulsivos” que el pecado ha creado en nosotros. Si no estamos confiando en la justicia de Cristo, esta creciente conciencia de nuestro pecado se irá convirtiendo en una losa pesada sobre nuestra cabeza. Nos doblamos ante su peso y lo compensamos pretendiendo que somos mejores de lo que realmente somos. Hay muchas formas de hacer esto: deshonestidad (“No soy tan malo”), comparación (No soy tan malo como esas personas), excusarse (Realmente no soy tan malo) y falsa rectitud (Vean todas las buenas cosas que he hecho”). Y ya que no queremos admitir lo pecaminoso que somos en realidad, manejamos la verdad a nuestro favor.

Creer en nuestra conciencia de la santidad de Dios también es todo un reto, ya que significa estar cara a cara frente a los mandamientos justos de Dios y las gloriosas perfecciones de su carácter; significa darse cuenta de lo dramático que es no alcanzar sus normas para nuestra vida. Significa reflexionar en su santo disgusto hacia el pecado. Si no estamos anclados en la aceptación que Dios nos ha hecho a través de Cristo, empezamos a compensarlo tratando de ganarnos el favor de Dios a través de nuestras buenas acciones. Vivimos la vida en la rutina de intentar ganarnos el favor de Dios viviendo de acuerdo con sus normas (o según nuestra equivocada perspectiva de ellas).

Es fácil hablar de minimizar y maximizar en términos abstractos. Consideremos la forma en que esto se expresa en formas prácticas en nuestras vidas.

Para ayudarnos a entender nuestras tendencias sutiles a minimizar nuestro pecado, consideremos esta pregunta personal: ¿En qué me apoyo para tener un

sentido de “credibilidad personal” (validez, aceptación, estar en buenos términos)? La respuesta a esa pregunta revelará algo (aparte de Cristo) de donde obtenemos nuestra justicia. Cuando no estamos arraigados firmemente en el evangelio, descansamos en estas falsas fuentes de justicia para construir nuestra reputación y darnos un sentido de dignidad y valor. Aquí están algunos ejemplos:

Trabajo: “Trabajo duro, así que Dios me va a recompensar.”

Familia: “Como hago bien las cosas como padre, soy mejor padre que otros que no pueden controlar a sus hijos.”

Teología: “Tengo una buena doctrina: Dios me prefiere a mí, y no a aquellos que tienen mala teología.”

Devocional: “Soy diligente leyendo mi Biblia, orando, diezmando, asistiendo a los cultos, a diferencia de los demás en la iglesia.”

Intelecto: “Soy superior a los demás por ser una persona más culta, inteligente y estudiosa que los demás.”

Horario: “Soy más disciplinado y estricto con el manejo de mi tiempo, y eso me hace más maduro que los demás.”

Flexibilidad: “En un mundo donde todos están muy ocupados, la gente me reconoce como una persona accesible y relajada. Siempre tengo tiempo para los demás. Pobres de aquellos que no lo hacen.”

Misericordia: “Me importan y hago algo por las personas pobres y necesitadas como se supone que deberían hacerlo los demás.”

Legalismo: “No me emborracho, no fumo, no tomo, ni tengo amistades que sí lo hacen. Es una lástima que en estos días, muy pocos cristianos tomemos en serio la santidad.”

Finanzas: “Administro mi dinero sabiamente y me mantengo fuera de deudas. No soy como esos cristianos materialistas que no pueden controlar sus gastos.”

Tolerancia: “Soy de mente abierta y benévolo con aquellos que no están de acuerdo conmigo. De hecho soy más como Jesús en ese aspecto.”

Política: “Si de verdad dices que amas a Dios, deberás votar por mi partido.”

Estos solo son algunos ejemplos. Quizá puedan pensar en muchos más (Piensen en cualquier cosa que ustedes creen que les pueda dar un sentido de ser lo “suficientemente bueno” o mejor que los demás). Estas fuentes funcionales de rectitud nos desconectan del poder del evangelio; nos permiten obtener nuestra justicia en lo que hacemos en lugar de confrontar honestamente la profundidad de nuestra maltrecha condición pecaminosa. Asimismo, cada una de estas fuentes de justicia es también una forma de juzgar y excluir a los demás. Las usamos para elevarnos y condenar a aquellos que no son tan santos como nosotros. En otras palabras, obtener nuestra justicia de estas cosas nos conduce a pecar más, no a pecar menos.

Ahora, para revelar nuestra tendencia de confiar en nuestras buenas obras, hagamos una pausa y respondamos esta pregunta: *En este mismo instante en que Dios te está mirando, ¿cuál crees que es la reacción en su rostro*”? ¿Crees que Dios pone una cara de decepcionado, o de enojado o de indiferencia? ¿Crees que su cara dice: “¿Es que no puedes hacer nada bien? ¡¡¡¡Reacciona!!!”? o “Si tan sólo pudieras un poco más por mí”. Si piensas en cualquier rostro menos que en uno rebosando de gozo, has caído en la trampa de confiar en tus buenas obras, pues la verdad del evangelio es esta: en Cristo, Dios está profundamente satisfecho con nosotros. Es más, basado en la obra de Cristo, Dios nos ha adoptado como sus hijos e hijas (Gálatas 4:7) Pero cuando nuestra identidad no está arraigada en lo que Jesús ha hecho en nuestro favor, nos deslizamos hacia un cristianismo impulsado por nuestra buena conducta. Pensamos que si “fuéramos mejores cristianos” Dios nos aprobaría más plenamente. Vivir de esta manera nos roba el gozo y el deleite de seguir a Jesús, al dejarnos revolcar en una obediencia ausente de gozo y hecha por obligación. De esta forma, nuestro evangelio se hace más pequeño.

Cuando nuestro cristianismo es impulsado por nuestro buen comportamiento, lo que hacemos en realidad es minimizar la santidad de Dios. Pensar que podemos impresionar a Dios viviendo una “buena vida” muestra que hemos reducido sus normas muy por debajo de lo que en realidad son, y en lugar de asombrarnos por la medida infinita de su santa perfección, nos llegamos a convencer de que si sólo le echamos las suficientes ganas, podemos merecer el amor y la aprobación de Dios.

Nuestras sutiles tendencias a minimizar nuestras faltas y el intento de impresionar a Dios con nuestra buena conducta muestran que hemos fallado en creer que el evangelio es la raíz de todos nuestros demás pecados observables. Cuando aprendamos a aplicar el evangelio a nuestra incredulidad, es decir, cuando nos “prediquemos el evangelio a nosotros mismos” quedaremos libres de la falsa seguridad que nos da el minimizar y maximizar; en vez de eso, viviremos en el verdadero gozo y la verdadera libertad que Cristo nos promete. Pero pensaremos en esas cosas en una próxima ocasión.

Discusión

1. Primero vamos a hablar de la línea superior del gráfico.

- ¿Alguna vez has deseado no conocer los mandamientos de Dios porque sabes cuáles son las consecuencias en tu vida? ¿Podrías explicar tu respuesta?

- ¿Cuál es tu tendencia cuando piensas en la santidad de Dios: adoración o temor?

- Responde la otra pregunta del artículo: “En este mismo instante en que Dios te está mirando, ¿cuál crees que es su reacción en su rostro”? ¿Por qué? ¿Qué crees que comunican estas diferentes respuestas acerca de lo que pensamos de Dios?

2. Ahora vamos a hablar de la línea inferior del gráfico.

- ¿Cómo te sientes al mirar las profundidades de tu condición pecaminosa, o al saber que los demás te ven de esta manera? ¿Lo dudas o lo aceptas? ¿Por qué?
- ¿Te agrada cuando eres convencido de tu pecado o lo sientes como si te cayera una enorme losa pesada?
- Responde a esta pregunta del artículo: ¿En dónde te apoyas para tener un sentido de “credibilidad personal” (validez, aceptación, estar en buenos términos)?
- ¿Con cuál de los tipos de justicia descritos en el artículo te identificas más? ¿Por qué? ¿Cómo ocurre en tu relación con los demás?

Ejercicio:

Bueno o Malo

Todos hemos desarrollado ciertas reglas o leyes por las cuales vivimos, creyendo que si las guardamos estamos “mejor” con Dios. Es entonces cuando nos colocamos a solo un paso de empezar a juzgar la conducta de los demás según su obediencia a estas reglas o leyes. Ahora bien, esas reglas que hacemos para nosotros, por lo general son cosas buenas; sin embargo, con frecuencia abusamos de ellas. Por ejemplo, en nuestra lucha con el deseo de tener el control de nuestras vidas, nos imponemos leyes que intentan mantener ese control. Estas leyes podrían ser tan simples como “No me deben interrumpir” o “La casa debe lucir impecable”. Cuando la gente rompe estas leyes, sentimos que estamos perdiendo el control y que la gente no nos respeta. Además, sentimos que nosotros estamos bien y los demás están mal. El resultado común es enojo, al tratar de recuperar el control de la situación e intentar probar que



Lección 3

CREER EL EVANGELIO

La Idea Principal

Nos hemos enfocado en lo negativo, es decir, en las formas en que minimizamos el evangelio; en esta lección dirigiremos nuestra atención a lo positivo: ¿qué remedios nos ha dado Dios en el evangelio para impedir que encojamos la cruz y depender de nuestros propios esfuerzos?

Conversación Bíblica

- Cuando te imaginas el tipo de persona que quieres ser espiritualmente, ¿qué es lo que alcanzas a ver? Dicho de otra manera: ¿en qué formas quisieras crecer espiritualmente?
- Pedro dice en 2Pedro 1:3-8 que si hacemos las cosas que se mencionan en los vrs. 5-7 seremos personas fructíferas y efectivas en nuestra fe (lo cual es lo que queremos en realidad). De acuerdo con esta lista, ¿cuál es su situación espiritual? Si se comparan con las cualidades que se enlistan aquí, ¿cómo se calificarían en su progreso?
- ¿Por qué crees que a veces es difícil crecer espiritualmente? ¿Cuáles son los desafíos que enfrentas cuando se trata de hacer las cosas que enlista Pedro? ¿Cuáles son los retos que enfrentas cuando intentas convertirse en la persona que quieren ser?
- De acuerdo con Pedro, ¿cuál es la razón verdadera por la que no crecemos espiritualmente?

Artículo:

CREER EL EVANGELIO

En las últimas dos lecciones usamos una ilustración para entender mejor el evangelio y la forma en que funciona en nuestras vidas. En la última ocasión, consideramos nuestra tendencia a “encoger la cruz” al maximizar y minimizar. En esta sesión queremos ver cómo una vibrante y fuerte fe en el evangelio nos libera de nosotros mismos y produce una verdadera y duradera transformación espiritual.

En el centro de la condición humana se encuentra una lucha por alcanzar justicia e identidad. Anhelamos un sentido de aceptación, de aprobación, de seguridad y de

significado, pues fuimos diseñados por Dios para encontrar todas estas cosas en Él; sin embargo, el pecado nos ha separado de Dios y ha creado en nosotros un profundo sentido de alejamiento de él. Al hablar de los judíos de su época, Pablo escribe lo siguiente: “Ignorando la justicia de Dios y procurando establecer la suya propia...” (Romanos 10:3) . Nosotros hacemos lo mismo. Teológicamente hablando, maximizar y minimizar sólo son dos formas sofisticadas de establecer nuestra propia justicia. Cuando minimizamos, logramos parecer mejores de lo que somos; cuando maximizamos, estamos intentando agradar a Dios con nuestras obras. El minimizar y maximizar reflejan nuestros intentos pecaminosos de asegurar nuestra propia justicia e identidad aparte de la obra de Cristo.

Para experimentar realmente la profunda transformación que Dios nos promete en el evangelio, debemos arrepentirnos continuamente de estos patrones pecaminosos (minimizar y maximizar). Nuestras almas deben estar profundamente enraizadas en las verdades del evangelio de modo que anclamos nuestra justicia e identidad en Cristo y no en nosotros mismos. Específicamente, las promesas de la justicia pasiva y la adopción que se encuentran en el evangelio deben ser el centro de nuestra vida y pensamiento. La justicia pasiva es la verdad bíblica de que Dios no sólo ha perdonado nuestro pecado, sino que también nos ha acreditado la justicia positiva de Cristo. Romanos 3 habla de una justicia de Dios que llega a nosotros mediante la fe: “Pero ahora, aparte de la Ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la Ley y por los Profetas: la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él...” (Romanos 3:21-22) Martín Lutero habla de esta justicia pasiva:

Se le llama “justicia pasiva” porque no tenemos que obrar para conseguirla... No es una justicia por la que trabajamos, sino una justicia que recibimos por la fe. Esta justicia pasiva es un misterio que no puede entender nadie que no conoce a Cristo. De hecho, los cristianos no lo comprenden del todo y rara vez se le toma provecho en su vida diaria... Cuando hay miedo o cuando nuestra consciencia se ve afectada, ésa es una señal de que tanto nuestra justicia pasiva como la persona de Cristo han quedado fuera de nuestra vista.

La persona que se extravía de la justicia “pasiva” no tiene otra alternativa más que vivir por una justicia basada en sus obras; si no depende de la obra de Cristo, debe depender de su propia obra; así que debemos enseñar y repetir constantemente la verdad de esta justicia “pasiva” o “cristiana” para que los cristianos continúen aferrados a ella y nunca confundirla con la justicia basada en las “obras” (Martín Lutero, prefacio a su Comentario de Gálatas, citado en el curso Sonship, de World Harvest Mission).

Lutero nos recuerda que si nos “extraviamos de la justicia pasiva”, nuestro corazón se irá naturalmente hacia la justicia propia (o basada en las obras). Para luchar contra nuestra tendencia de encoger el evangelio de esta forma, debemos arrepentirnos de las falsas fuentes de justicia y predicarnos el evangelio a nosotros mismos, especialmente la verdad de la justicia pasiva. Debemos aferrarnos a la promesa del evangelio que nos dice que Dios se agrada de nosotros, porque él se agrada de Cristo. Al abrazar el evangelio de esta manera, ver nuestro pecado no nos da miedo ni vergüenza, sino que de hecho nos conduce a la adoración porque Cristo ha muerto por él, y es totalmente liberador porque nuestro pecado ya no es aquello que nos define. Nuestra justicia está en Cristo. Las buenas noticias del evangelio no consisten en que Dios nos da demasiada importancia, sino que nos libera para darle más importancia a Cristo.

La adopción es la verdad bíblica de que Dios nos ha recibido en su familia como sus hijos e hijas en virtud de nuestra unión con Cristo. Parte de la obra del Espíritu Santo es confirmar esta adopción en nuestro interior: “...pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: “¡Abba, Padre!”. El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. (Romanos 8:15-16). Gálatas 4:7 dice la misma cosa, sólo que en diferentes palabras: “Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo.”

No obstante, y de la misma manera en que nos extraviamos de la justicia pasiva, también somos prontos a olvidar nuestra identidad como hijos de Dios. En vez de vivir como hijos e hijas, vivimos como huérfanos; en vez de descansar en el amor paternal de Dios, tratamos de ganarnos su favor intentando ser “buenos cristianos” para que Dios nos dé su aprobación. Y para luchar contra nuestra tendencia de encoger el evangelio de esta manera, debemos arrepentirnos constantemente de nuestra mentalidad de huérfano y vivir en nuestra verdadera identidad como hijos e hijas de Dios. Por la fe, debemos aferrarnos a la promesa del evangelio que nos dice que somos adoptados como hijos de Dios. La justicia de Cristo se nos ha acreditado aparte de las obras (Romanos 4:4-8). No necesitamos hacer nada para asegurar el amor Dios y la aceptación de Dios, pues Cristo nos la ha asegurado.

Cuando abrazamos el evangelio de esta forma, el infinito estándar de la santidad de Dios ya no nos resulta intimidante ni temible, sino que nos conduce a la adoración porque Cristo lo ha alcanzado por nosotros. Nuestra identidad está en él. Las buenas noticias del evangelio no consisten en que Dios nos favorece por lo que somos, sino que nos favorece a pesar de lo que somos.

En el centro de nuestros pecados visibles se encuentra la lucha invisible por conseguir justicia e identidad. En otras palabras, nunca llegamos a dejar atrás el evangelio. Como escribió Martín Lutero: “Lo que más se necesita es que lo conozcamos

bien (el evangelio), enseñarlo a otros y martillarlos en sus cabezas continuamente”. Al darnos cuenta de nuestras tendencias de minimizar y maximizar –esas tendencias nuestras de edificar nuestra justicia e identidad propias- debemos arrepentirnos de pecado y volver a creer en las promesas del evangelio. Este es el patrón consistente de la vida cristiana: arrepentimiento y fe, arrepentimiento y fe, arrepentimiento y fe. Al caminar de esta forma el evangelio irá profundizando sus raíces en nuestra alma y Cristo y su cruz se harán cada vez “más grandes” en la realidad diaria de nuestras vidas.

Ejercicio de Autoevaluación: HUÉRFANOS VS. HIJOS

Este es un ejercicio práctico que revela nuestras tendencias pecaminosas de manipular la vida y nuestra diaria necesidad de volver a Cristo. Este ejercicio te humillará, lo cual es uno de los primeros pasos para servir a Cristo y a los demás. Lee todas las descripciones de izquierda a derecha. Bajo el título de Huérfano, pon una X en el cuadro si ves esa tendencia en tu vida. Subraya las palabras que más se aplican. Bajo el título de Hijo-Hija, pon una X en el cuadro que coincida con aquello en lo que más quieras crecer, subrayando las palabras clave.

HUÉRFANO

- Le falta una vital relación íntima con Dios
- Las relaciones, el dinero, la escuela y las calificaciones son fuentes de ansiedad
- Siente que no le importa a nadie
- Su vida está definida por el éxito o fracaso
- Necesita verse bien
- Se siente culpable y condenado
- Lucha para confiarle las cosas a Dios
- Tiene que solucionar sus problemas
- No se deja enseñar
- Se pone a la defensiva cuando se le acusa de algún error o debilidad
- Necesita tener la razón
- Le falta confianza
- Se siente desanimado y derrotado
- Es obstinado con sus ideas, planes y opiniones
- Su solución ante el fracaso: échale más ganas
- Tiene un espíritu criticón (quejas y amargura)
- Es agresivo hacia los demás
- Es un analista competente de las debilidades de los demás
- Tiende a compararse con los demás
- Se siente impotente para vencer la carne
- Necesita tener el control de la situación o de las personas

- Busca la satisfacción en los puestos de importancia
- Busca la satisfacción en las posesiones
- Tiende a estar motivado por la obligación, el deber y no por el amor

HIJO(A) DE DIOS

- Se siente libre de la ansiedad por el amor que Dios tiene hacia él
- Aprende a vivir en diaria compañía de Dios
- No le tiene miedo a Dios
- Se siente perdonado y totalmente aceptado
- Confía diariamente en el plan soberano de Dios para su vida
- La oración es su primer recurso y refugio
- Está contento en sus relaciones al saber que ha sido aceptado por Dios
- No necesita tener una lista de sus logros para vanagloriarse, defenderse o protegerse.
- Se deja enseñar por los demás
- Está abierto a la crítica porque descansa en la perfección de Cristo
- Puede examinar sus motivos más profundos
- Puede correr riesgos, incluso de fracasar
- Está fortalecido por el Espíritu que mora en él

- | | |
|---|--|
| <ul style="list-style-type: none"> <input type="checkbox"/> Puede ver la bondad de Dios en momentos oscuros <input type="checkbox"/> Está contento con lo que Cristo le ha dado <input type="checkbox"/> Confía menos en sí mismo y más en el Espíritu Santo <input type="checkbox"/> Sabe de su incapacidad de componer la vida, la gente y los problemas <input type="checkbox"/> Puede confesar libremente sus ofensas a los demás <input type="checkbox"/> No tiene que tener siempre la razón <input type="checkbox"/> Su valor no se encuentra en sus logros | <ul style="list-style-type: none"> <input type="checkbox"/> Experimenta más y más victorias sobre la carne <input type="checkbox"/> La oración es una parte vital y continua del día <input type="checkbox"/> Cada vez más, Jesús es el tema de su conversación <input type="checkbox"/> Dios satisface verdaderamente su alma |
|---|--|

DISCUSIÓN

Para los aspectos de la sección de “Huérfano”

- ¿De qué maneras el sentirte así afecta tu forma de relacionarte con Dios y con la gente? ¿podrías compartir alguna experiencia al respecto?

- ¿De qué maneras esta tendencia revela que fundamentalmente no crees las verdades del evangelio (específicamente, la adopción o la justicia pasiva)?

Para los aspectos de la sección de Hijo (a) de Dios

- ¿De qué maneras cambia esta realidad la forma en que te relacionas con Dios y con la gente?

- ¿De qué maneras el evangelio te da la fortaleza para crecer en esta área?



Lección 4

LA LEY Y EL EVANGELIO

La Idea Principal

Seguimos pensando en la forma en que el evangelio interactúa en nuestras vidas; solo que ahora lo haremos al considerar la relación que tiene el evangelio con la ley. ¿Qué es la ley? ¿Espera Dios que yo la obedezca? ¿Cuál es el propósito de la ley? ¿Cómo me ayuda la ley a creer el evangelio? ¿Cómo me ayuda el evangelio a obedecer la ley? Estas son las preguntas que tenemos frente a nosotros en esta lección

Conversación Bíblica: *Romanos 10:1–4*

*Hermanos, ciertamente el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por Israel, es para salvación. Porque yo les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia. Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios; porque **el fin de la ley es Cristo**, para justicia a todo aquel que cree.*

- ¿Cuáles son los dos tipos de justicia que parecen estar en contraste en este pasaje?

- ¿Qué dice este pasaje acerca de Cristo y su relación con la ley?

Artículo: LA LEY Y EL EVANGELIO

Cualquier lector casual puede ver que la Biblia está llena de mandatos, prohibiciones y expectativas; nos dice qué hacer y qué no hacer. Estas reglas o leyes generalmente se presentan como un obstáculo a la fe. Los no cristianos objetan que el Cristianismo parece ser “sólo un montón de reglas y reglamentos”. Es más, incluso algunos cristianos fieles luchan para entender la forma en que la ley de Dios y el evangelio se relacionan entre sí. Después de todo, si estamos reconciliados con Dios por medio de la gracia y no por las obras, ¿de verdad importa si obedecemos o no?

La comprensión incorrecta de esta relación entre la ley y el evangelio conduce a dos errores que son opuestos, pero igualmente destructivos: el legalismo y el libertinaje. Los legalistas continúan viviendo bajo la ley, creyendo que la aprobación de Dios depende -de alguna manera- de su buen comportamiento. La gente libertina menosprecia la ley, creyendo que, por estar “bajo la gracia”, las reglas de Dios no importan mucho. Estos dos errores han estado circulando desde los días de los apóstoles. El libro de Gálatas está escrito para combatir el error del legalismo: “¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?” (Gálatas 3:3). El libro de Romanos aborda el error del libertinaje: “¿Qué, pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera.” (Romanos 6:15)

Tanto el legalismo como el libertinaje resultan destructivos para el evangelio; y para evitar estos errores debemos entender la relación bíblica que existe entre la ley y el evangelio. En resumen, esta es la manera en que Dios diseñó su funcionamiento: **la ley nos conduce al evangelio y el evangelio nos libera para que obedezcamos la ley**. Darnos cuenta de todo lo que Dios espera de nosotros nos debería conducir desesperadamente hacia Cristo, y una vez que estamos unidos con Cristo, la presencia del Espíritu Santo hace que nos deleitemos en la ley de Dios y nos da el poder para obedecerla. En su comentario al libro de Romanos, Martín Lutero lo resume de esta manera: “La ley, entendida correctamente y comprendida a cabalidad, no hace más que recordarnos nuestro pecado y abatirnos por ello, y hacernos más responsables de la ira eterna... La ley no se guarda por el propio poder del hombre, sino solamente a través de Cristo, quien derrama el Espíritu Santo en nuestros corazones. Cumplir la ley... es hacer sus obras con placer y amor... [los cuales son] colocados en el corazón por el Espíritu Santo.

Lee de nuevo esa última frase: “Cumplir la ley... es hacer sus obras con *placer y amor*”. Sólo saber lo que Dios requiere no es suficiente. Cumplir verdaderamente la ley significa obedecer a Dios por placer y amor: “El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón. (Salmo 40:8) ¿Cómo llegamos a ser la

clase de personas que aman a Dios y se deleitan en su ley? Respuesta: a través del evangelio.

Primero, es a través del evangelio que nos hacemos conscientes de nuestra desobediencia a la ley de Dios. El primer paso en la jornada del evangelio es hacerse consciente de que “todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios (Romanos 3:23), y que nuestra desobediencia nos coloca justo debajo de su maldición: “...pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas. (Gálatas 3:10)

Segundo, es a través del evangelio que somos liberados de la maldición de la ley. El evangelio consiste en las buenas noticias de que Dios está dispuesto a perdonarnos si acudimos a Cristo y somos justificados –declarados “inocentes” ante los ojos de Dios- mediante la fe en él. “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero), para que... en Cristo Jesús... por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu. (Gálatas 3:13-14). Cristo ha expiado nuestra imperfección y ha alcanzado nuestra perfección a través de su obra en la cruz. La ley ya no está en nuestra contra, enjuiciándonos. En el lenguaje bíblico, ya no estamos “bajo la ley” (Romanos 6:14).

En tercer lugar, es a través del evangelio que Dios envía a morar a su Espíritu Santo en nosotros, transformando nuestros corazones y capacitándonos para amar verdaderamente a Dios y al prójimo; y como resultado de nuestra justificación por fe, “... el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado”. (Romanos 5:5) Comúnmente leemos la frase “el amor de Dios” en este versículo como el amor de Dios por nosotros; sin embargo, desde un punto de vista lingüístico y contextual, esta frase también tiene el significado de “el amor que proviene de Dios” o “el amor a Dios”. Es decir, debido a que Dios nos ama, él ha derramado en nuestros corazones su propia capacidad de amar y de deleitarse en sí mismo. Jesús oró por que el mismo amor que tiene Dios Padre hacia su Hijo estuviera en nosotros: “Y les he dado a conocer tu nombre... para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos”. (Juan 17:26)

Entonces, un verdadero cristiano obedece la ley de Dios, no por obligación o por deber, sino por amor, porque “el cumplimiento de la ley es el amor” (Romanos 13:10). Tanto el legalismo como el libertinaje son fundamentalmente egocéntricos. No están preocupados en deleitarse en Dios o en su ley, sino consigo mismos: “Yo cumplo las reglas” o “Yo rompo las reglas”; no obstante, el evangelio nos libera de la obsesión con nosotros mismos y nos impulsa hacia afuera. Vemos que la ley de Dios no nos obliga, sino que nos libera: es la “ley de la libertad” (Santiago 1:25). Es una ley que nos apunta en dirección a Cristo.

Romanos 10:4 dice: “el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree”. En otras palabras, el fin, la meta, el asunto central de la ley es llevarnos a Cristo. Cuando realmente entendemos lo que está diciendo, es cuando empezamos a ver que cada mandamiento de la Escritura, de alguna manera, nos apunta a Cristo, quien es el que cumple ese mandamiento por nosotros y en nosotros. Él es nuestra justicia. Ya no necesitamos construir nuestra propia justicia.

Somos incapaces de hacer lo que la ley nos manda hacer, pero Cristo lo hizo por nosotros, y como él vive en nosotros mediante su Espíritu, él nos capacita para hacerlo, no por obligación, sino por deleite. De esta manera, cada mandato en la Escritura apunta a nuestra propia insuficiencia (la línea inferior del Gráfico de la Cruz), amplía la buena y santa naturaleza de Dios (la línea superior del Gráfico de la Cruz) y nos hace mirar a Cristo como el Único que perdona nuestra desobediencia y hace posible nuestra obediencia. En otras palabras, la ley nos lleva a Cristo y Cristo nos libera para obedecer la ley.

Preguntas de aplicación

- Después de leer el artículo, ¿cómo puedes resumir la forma en que la ley y el evangelio trabajan juntos?
- El autor del artículo habla de sentir algo como “tener que ser un mejor cristiano”. ¿En qué áreas sientes que debes ser un mejor cristiano ahora mismo?
- ¿Qué se siente vivir bajo este sentido del “deber” o del “tener que”?

Ejercicio:

La Estructura del Evangelio y la Ley

Una estructura es un patrón, un arreglo lógico para poder entender o mirar algo. Para entender la Biblia y articular el evangelio de maneras creativas y relevantes, se requiere aplicar varias estructuras para darle sentido a la verdad. En la lección Uno proveímos lo que podemos llamar “la estructura del evangelio”, ilustrada en el Gráfico de la Cruz. Esta semana vamos a aprender la manera de entender la ley de Dios mediante esa estructura.

Cada pasaje de la escritura afirma un imperativo moral, ya sea explícito o implícito. Por ejemplo, es posible que un versículo nos diga que no mintamos. Podemos responder a este imperativo en tres maneras diferentes:

- **LEGALISMO:** Podemos hacer nuestro mejor esfuerzo para no mentir. Esto es lo que significa vivir bajo la ley. De manera inevitable descubriremos que no podemos no mentir, aún cuando bajemos nuestras normas en relación con el significado de ese mandamiento.

- **LIBERTINAJE:** Podemos admitir desde el principio que no podemos obedecer este mandamiento y simplemente descartarlo como un ideal bíblico que en realidad no se espera que cumplamos.

- **EL EVANGELIO:** Esta es la estructura que queremos aprender. Funciona así:
 1. **Dios dice:** No mientas (línea superior del gráfico de la cruz: la santidad de Dios)

 2. **Yo no puedo obedecer** este mandamiento porque soy un pecador (Línea inferior del gráfico de la cruz: mi pecaminosidad)

 3. **Cristo obedeció** este mandamiento de manera perfecta (Puedo mencionar una infinidad de ejemplos en su vida terrenal, según se registra en los evangelios) Cristo hizo lo que yo debería hacer (y no puedo) como mi sustituto, de modo que Dios me puede aceptar (2 Corintios 5:17)

 4. **Debido a que Cristo obedeció** la ley de manera perfecta y ahora vive en mí, y debido a que he sido aceptado por Dios, yo soy libre para obedecer este mandamiento por su gracia y su poder obrando en mí.

Aplicar esta estructura a nuestro estudio de la Biblia nos ayudará a creer el evangelio y a obedecer la ley sin caer en el legalismo o en el libertinaje. Esta es la fuerza para experimentar la realidad de que el evangelio lo cambia todo.

Práctica

Lee un pasaje y aplica esta estructura. (Escojan entre Santiago 2:1-7; Filipenses 4:4-7; 1 Pedro 3:9)

- ¿Cuál es el mandamiento?
- ¿Por qué no podemos cumplirlo? (Sean específicos en cuanto a sus luchas particulares para obedecer este mandamiento)
- De qué maneras cumplió Cristo este mandamiento a la perfección? (Nota ejemplos específicos en los Evangelios)
- ¿De qué maneras el Espíritu Santo en nosotros nos da el poder para obedecer este mandamiento (en situaciones específicas)?



Lección 5

EL ARREPENTIMIENTO

La Idea Principal

Esta lección trata del arrepentimiento. En nuestra cultura, el arrepentimiento suena a algo malo, como cuando tu jefe te llama a su oficina; sin embargo, lejos de ser algo malo o raro, el arrepentimiento bíblico es la norma para una vida centrada en el evangelio. Crecer en una conciencia cada vez mayor de la santidad de Dios y de nuestra condición pecaminosa nos conduce a que nos arrepintamos y creamos el evangelio de Jesucristo. Constantemente nos estaremos apartando de nuestras acciones de maximizar y minimizar para poder vivir como hijos e hijas. El arrepentimiento bíblico nos libera de nuestras propias estrategias y prepara el camino para que el poder del evangelio produzca fruto en nuestras vidas. No obstante, el pecado mancha nuestro arrepentimiento y nos roba el fruto que produce, por lo que nuestra meta en esta lección es 1) exponer las maneras en que practicamos un falso arrepentimiento y 2) encaminarnos hacia un arrepentimiento genuino.

Conversación Bíblica

- Cuando los pecados de los demás te afectan o te molestan, ¿qué tipo de cosas deseas ver en ellos antes de sentirte bien o de que los perdones?

Leamos 2 Corintios 7: 5–13

- ¿Qué quería Pablo de los corintios?
- ¿Por qué quería eso?
- ¿Cuál fue el fruto del arrepentimiento de sus vidas? (vrs. 7, 11)
- ¿Cuál fue el efecto de su arrepentimiento en el apóstol Pablo?

Artículo:

EL ARREPENTIMIENTO COMO UN ESTILO DE VIDA

Hemos estado pensando juntos acerca de cómo vivir de manera consistente toda nuestra vida bajo la influencia del evangelio. En las últimas semanas, el diagrama del Gráfico de la Cruz nos ha servido como un modelo visual para ayudarnos a entender cómo funciona el evangelio. Como hemos visto, el patrón sistemático de la vida cristiana es arrepentimiento y fe. Nunca dejamos de necesitar arrepentirnos y creer. Las primeras palabras de Jesús en el evangelio de Marcos son: “Arrepentíos y creed el evangelio” (Marcos 1:15). En la primera de sus 95 tesis, Martín Lutero observó: “Cuando nuestro Señor y Maestro dijo: ‘arrepentíos’... él quería que la vida entera de los creyentes fuera de arrepentimiento”. En el arrepentimiento, confesamos nuestra tendencia a encoger la cruz al maximizar y minimizar; retiramos nuestros afectos de los falsos salvadores y las fraudulentas fuentes de justicia, y entonces nos dirigimos a Cristo como nuestra única esperanza.

En la superficie, el arrepentimiento parece simple y sencillo, pero no lo es. Debido a que nuestros corazones son una fábrica de ídolos (como lo dijo el reformador Juan Calvino), aún nuestro arrepentimiento puede ser un vehículo del pecado y el egoísmo. Practicamos hábilmente un arrepentimiento falso. Una de nuestras mayores necesidades para una vida centrada en el evangelio es comprender el arrepentimiento de manera precisa y bíblica.

Para la mayoría de nosotros, la palabra arrepentimiento comunica una idea negativa; sólo nos arrepentimos cuando hemos hecho algo *realmente* malo. Es la idea católica romana de la penitencia lo que normalmente alcanzamos a entender en nuestro pensamiento en relación con el arrepentimiento: cuando pequemos, debemos sentirnos mal por ello, luego debemos azotarnos y después hacer algo para componerlo. En otras palabras, el arrepentimiento normalmente se convierte en algo que tiene que ver más con *nosotros* que con Dios o con la gente contra la que hayamos pecado. Nos queremos sentir mejor. Queremos que las cosas “vuelvan a la normalidad”. Queremos saber que hemos hecho nuestra parte, de modo que nuestra culpa se diluya y podamos seguir adelante en la vida.

Piensa, por ejemplo en una relación en la que le hayas dicho palabras hirientes a alguien. Quizá tu esfuerzo en arrepentirte se oyó así: “Lamento haberte herido. No debí haber dicho eso. ¿Me perdonas? La pregunta es: ¿Es esto de verdad un verdadero arrepentimiento? ¿Nuestro pecado consiste solamente en las palabras que hemos hablado? ¿No acaso Jesús dijo: “De la abundancia del corazón habla a boca?” (Lucas 6:45).

Aún cuando quizá hayamos reconocido nuestras palabras hirientes, la otra persona normalmente está resintiendo el impacto del resentimiento, del enojo, la envidia o la amargura que se encuentran en lo profundo de nuestros corazones. A menos que confesemos también estos pecados, nuestro “arrepentimiento” no será un arrepentimiento en lo absoluto.

Entonces, ¿cómo empezamos a identificar nuestras tendencias hacia el falso arrepentimiento? La respuesta se encuentra al buscar los patrones de *remordimiento* y de *decisión* al tratar con el pecado. Remordimiento: “No puedo creer que hice eso”. Resolución: “Prometo hacerlo bien la próxima vez.” Detrás de esta forma de vivir se encuentran dos grandes equivocaciones relacionadas con nuestro corazón.

Primero, tenemos un concepto más alto de nosotros mismos del que debemos tener. No creemos verdaderamente en la profundidad de nuestro pecado y nuestra condición maltrecha (la línea inferior del Gráfico de la Cruz). Esto nos conduce a reaccionar con sorpresa cuando el pecado se manifiesta: “No puedo creer que llegué a hacer eso”. En otras palabras: “Eso no es lo que *realmente* soy”.

En segundo lugar, pensamos que tenemos el poder para cambiarnos; pensamos que si tomamos la decisión de cambiar o de echarle más ganas para la próxima vez, podremos arreglar el problema.

Estos patrones de remordimiento y de decisión también contaminan nuestras actitudes hacia los demás. Debido a que tenemos un concepto más alto de lo debido, respondemos al pecado de los demás con dureza y desaprobación. ¡Somos suaves con nuestro propio pecado, pero nos molestan los de los demás! Y como pensamos que nosotros solos podemos cambiar, nos frustramos cuando vemos que otras personas no están cambiando *solos* más rápidamente. Nos volvemos criticones, impacientes y con un espíritu condenatorio.

El evangelio nos llama a (y nos da poder para poder llevar a cabo) un verdadero arrepentimiento. De acuerdo con la Biblia, el verdadero arrepentimiento:

- **ESTÁ ORIENTADO HACIA DIOS, NO HACIA MÍ.** Salmo 51:4 “Contra ti, contra ti solo he pecado, Y he hecho lo malo delante de tus ojos...”
- **ESTÁ MOTIVADO POR UN VERDADERO PESAR PIADOSO, NO POR UN LAMENTO EGOÍSTA.** 2 Corintios 7:10 Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte.

- **SE INTERESA EN EL CORAZÓN, NO SÓLO CON LAS ACCIONES EXTERNAS.** Salmo 51:10 Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, Y renueva un espíritu recto dentro de mí.
- **ACUDE A JESÚS PARA SER LIBRADO DE LA PENA Y EL PODER DEL PECADO.** Hechos 3:19-20 Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio, y él envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado;

En lugar de dar excusas por nuestro pecado o caer en los patrones de remordimiento y decisión, el verdadero arrepentimiento del evangelio nos impulsa a *darnos cuenta de la realidad y a arrepentirnos.*

Darnos cuenta de la realidad: “Yo hice eso” (“¡Eso es lo que SOY en realidad!”)

Arrepentirse: “Señor, perdóname. Tú eres mi única esperanza”.

Al aprender a vivir a la luz del evangelio, este tipo de arrepentimiento verdadero debería volverse cada vez más normal para nosotros. Será entonces cuando dejaremos de sorprendernos por nuestro pecado, de modo que lleguemos a ser capaces de admitirlo más honestamente. Y dejaremos de creer que podemos componernos por nuestra cuenta, de modo que acudamos más rápidamente a Cristo en busca de su perdón y su poder transformador. El pecado es una condición, no sólo un comportamiento, de modo que el verdadero arrepentimiento es un estilo de vida, no una práctica esporádica. El arrepentimiento no es algo que hacemos solamente una vez (cuando nos convertimos), o sólo ocasionalmente (cuando *de verdad* nos sentimos culpables). El arrepentimiento es continuo, y la convicción de pecado es una marca del amor paternal de Dios hacia nosotros. “Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete. (Apocalipsis 3:19).

Entonces, ¿de qué te estás arrepintiendo?

Discusión

- ¿Qué fue lo que llamó más tu atención en este artículo?

- ¿Cómo podrías explicar con tus propias palabras la diferencia entre el arrepentimiento verdadero y el falso?
- ¿Hacia dónde ves la tendencia en tu propia vida: hacia el remordimiento o hacia la determinación?
- ¿Cuáles crees que son algunas de las marcas o evidencias del verdadero arrepentimiento?

Ejercicio: El Arrepentimiento en Práctica

Por lo general damos excusas de nuestro pecado para evitar la tarea dura del arrepentimiento. A continuación está una lista de excusas comunes y (en paréntesis) los pensamientos internos que dejan ver. Tómate un minuto para examinar la lista y luego usa las preguntas que se encuentran después para ayudar a los demás en el grupo a practicar el arrepentimiento genuino.

- **Sólo estaba siendo honesto.** (¿Acaso no puedes aguantar la verdad?)
- **Sólo estoy diciendo lo que siento.** (No hay nada de pecaminoso en mis sentimientos)
- **Sólo estaba bromeando.** (¿No entendiste el chiste?)
- **Te mal entendí.** (No estás tan loco como pensaba)
- **Me mal entendiste.** (No soy tan malo como piensas)
- **Así soy.** (Soy un pecador, así que eso justifica mi conducta)
- **Cometí un error.** (Como lo hacen todos, ¿no?)
- **No tenía la intención de hacerlo.** (No tenía la intención de ser descubierto)
- **He tenido un mal día.** (No me merezco esto; merezco algo mejor)

PREGUNTAS DE APLICACIÓN

- ¿Con cuál de las excusas anteriores te puedes identificar?

- ¿Recuerdas algún ejemplo reciente cuando usaste alguna de estas excusas en vez de sentir una tristeza piadosa y arrepentirte de tu pecado?

Como grupo, describan cómo debería ser el verdadero arrepentimiento en estos casos, usando los pasos siguientes:

Paso 1: Reconoce que has pecado contra Dios

Paso 2: Confiesa las formas del arrepentimiento falso y del lamento egoísta (remordimiento, decisión de cambiar)

Paso 3: Identifica y arrepíentete de las motivaciones que te conducen a este pecado.

Paso 4: Recibe por fe el perdón de Dios

Paso 5: Confía en el poder de Dios para alejarte del pecado.

Repite este proceso, trabajando con el mayor número de respuestas que permita el tiempo: identifica las excusas, comparte ejemplos concretos y practica el verdadero arrepentimiento.



Lección 6

IDOLATRÍA DEL CORAZÓN

La Idea Principal

Hemos dicho que el caminar del cristiano consiste en dos pasos que se repiten: el arrepentimiento y la fe. En la lección cinco, tratamos con el arrepentimiento; ahora dirigiremos nuestra atención al tema de la fe. Recuerda, crecemos al creer el evangelio. Ese es el énfasis de la discusión y del ejercicio de esta semana. Suficientemente fácil, ¿verdad? La meta de esta semana es llevar la idea de “creer el evangelio” de lo abstracto y hacerlo concreto.

Conversación Bíblica

Marcos 1:14,15

*Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; **arrepentíos, y creed en el evangelio.***

- ¿Qué crees que quiso decir Jesús con “arrepentíos y creed el evangelio”? ¿A qué estaba llamando a la gente?

- De acuerdo con este versículo, ¿qué es exactamente aquello que debemos creer?

Artículo: IDOLATRÍA DEL CORAZÓN

Durante las últimas semanas hemos dicho que el arrepentimiento y la fe deberían ser el patrón continuo y sistemático de la vida cristiana. La semana pasada examinábamos la naturaleza del verdadero arrepentimiento. Esta semana queremos ahondar un poco más en el tema de la fe.

Piensa por unos momentos en esta pregunta: ¿Cuál sería la cosa que yo debería hacer para crecer como cristiano? Si alguien te hiciera esa pregunta, ¿cómo le responderías? ¿Sugerirías cosas como alguna de las disciplinas espirituales como la lectura de la Biblia, la oración, buscar amigos cristianos, arrepentirse del pecado, o aprender teología? Las multitudes trajeron esa misma pregunta a Jesús en Juan 6. Su respuesta puede sorprenderte:

Entonces le dijeron: ¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios? Respondió Jesús y les dijo: Ésta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado. (Juan 6:28-29)

Nota: ellos le están preguntando a Jesús lo que deben hacer para vivir una vida que agrade a Dios. Jesús les dice que la obra de Dios es creer. En otras palabras, la vida cristiana no consiste en hacer, sino en creer. Entender bien esto es crucial para la santificación. La mayoría de nosotros somos “hacedores” por naturaleza. Con mucho gusto nos abocamos al siguiente proyecto, al siguiente desafío, a la siguiente tarea, de modo que nuestra búsqueda de la madurez cristiana produce mucho esfuerzo, pero de poco cambio duradero. ¿Por qué? Porque estamos haciendo demasiado y creyendo muy poco.

Como podemos ver, nuestros pecados externos tan sólo son los síntomas de un problema más profundo. Debajo de cada pecado de la superficie se encuentra un ídolo del corazón: un dios falso que ha eclipsado al verdadero Dios en nuestros pensamientos o afectos. Para parafrasear a Martín Lutero, cada pecado es, en alguna manera, la infracción del primer mandamiento (No tendrás dioses ajenos delante de mí). Lutero escribió: Así como el primer mandamiento es el primero, el más alto y el mejor, del cual se derivan los demás... lo mismo sucede con su obra; es decir, la fe o la confianza en el favor de Dios todo el tiempo, es la primera, la más alta y la mejor, de la cual deben provenir, existir, permanecer, ser dirigidas y medidas las demás obras”. En otras palabras, mantener a Dios como el asunto primario es fundamental para el crecimiento espiritual. La clave para la transformación impulsada por el evangelio es aprender a arrepentirse del “pecado debajo del pecado”: la idolatría y la incredulidad profundamente enraizada que controlan nuestros pecados más visibles.

A manera de estudio de caso, tomemos el pecado externo del chisme: hablar de la gente a sus espaldas en formas condenatorias o destructivas. ¿Por qué chismeamos? ¿Qué estamos buscando que deberíamos estar buscando en Dios?

- ☒ **El ídolo de la aprobación** (Quiero la aprobación de las personas con las que estoy hablando)
- ☒ **El ídolo del control** (Usar el chisme como un medio para manipular o controlar a los demás)
- ☒ **El ídolo de la reputación** (Quiero sentirme importante, así que humillo verbalmente a alguien)
- ☒ **El ídolo del éxito** (Alguien está teniendo éxito- y yo no; entonces voy a chismear de él)
- ☒ **El ídolo de la seguridad** (hablar de otras personas enmascara mi propia inseguridad)
- ☒ **El ídolo del placer** (Alguien más está disfrutando de la vida -y yo no- entonces la ataco)
- ☒ **El ídolo del conocimiento** (Hablar de los demás es una forma de mostrar que sé más que otros)
- ☒ **El ídolo del reconocimiento** (Hablar de otros hace que la gente me vea)
- ☒ **El ídolo del respeto** (Esa persona no me respeta, así que yo tampoco voy a respetarla)

Todos esos ídolos son falsos salvadores que promueven falsos evangelios. Cada una de estas cosas: aprobación, control reputación, éxito, seguridad, placer, conocimiento, reconocimiento, respeto, etc., ¡es algo que ya tenemos en Cristo gracias al evangelio! Pero cuando dejamos de vivir a la luz del evangelio, acudimos a estos ídolos para que nos den los que sólo Cristo puede darnos de verdad.

Otra forma de identificar nuestro particular ídolo del corazón es mediante la pregunta: ¿Qué es aquello que amo, temo o en lo que confío? Por ejemplo, si temo a quedarme soltero, “estar en una relación” será probablemente mi ídolo (porque promete librarme del infierno de la soltería). Si confío en “tener lo suficiente”, la seguridad será probablemente mi ídolo (porque me promete que nunca me quedará sin un centavo). Si me gusta que las cosas estén en orden y bien estructuradas, el control será probablemente mi ídolo (porque si yo estoy a cargo, puedo asegurarme que las cosas estén en orden)

Al reflexionar en “el pecado debajo de pecado” se muestra por qué el evangelio es esencial para el cambio verdadero de corazón. Es posible estar arrepintiéndonos toda una vida de pecados externos y aún así, jamás abordar los asuntos del corazón más profundos detrás de ellos. En el momento de pecar, ya he violado el primer mandamiento; un ídolo ha tomado el lugar de Dios en mi corazón; estoy confiando en ese ídolo y no en Dios para que sea mi Salvador. Necesito aplicar el evangelio:

- (1) arrepintiéndome de mi profunda idolatría
- (2) creyendo, es decir, dirigiendo mi mente a las promesas específicas del evangelio que rompen el poder de mis ídolos personales.

De acuerdo con el Dr. Steve Childers, la fe incluye el aprender a colocar los afectos de nuestra mente y nuestro corazón en Cristo... la fe requiere practicar y deleitarse continuamente en los muchos privilegios que ahora son nuestros *en Cristo*” (*True Spirituality: The Transforming Power of the Gospel*).

Notemos los dos aspectos de la fe: colocar nuestros afectos en Cristo y deleitarse en los privilegios que son nuestros en Cristo. Debo adorar a Cristo (no a mis ídolos), y debo recordarme aquellas realidades acerca de mí que, gracias a Cristo, son verdad.

Volvamos a nuestro ejemplo del chisme. Imaginemos que el respeto es lo que yo he identificado como el ídolo dominante que me impulsa a chismear. Después de reconocer mi pecado y arrepentirme de él, ejerzo fe en dos maneras. Primero, hago una pausa y adoro a Cristo porque él puso a un lado su derecho de ser respetado, haciéndose humilde hasta la muerte (Filipenses 2:5-11). En segundo lugar, me recuerdo a mí mismo la verdad del evangelio de que ya no necesito anhelar el respeto de los demás porque tengo la aprobación de Dios mediante la fe en Jesús (2 Corintios 5:17–21). Si la gente me respeta o no, eso es un asunto inmaterial: la gracia de Dios me ha librado para demandar respeto hacia mi persona, y ahora vivo para la fama y el honor de Cristo (1 Corintios 10:31).

Este ejercicio es bastante sencillo en lo abstracto, pero puede volverse mucho más difícil cuando nos ponemos a pensar en nuestros patrones personales de pecado. Así que intencionalmente apartemos un tiempo para (1) identificar nuestros pecados externos que son comunes, y (2) considerar, en oración, cuál es el ídolo del corazón que podría estar debajo. Luego, (3) adora a Cristo por su victoria sobre ese ídolo y (4) busca las promesas específicas del evangelio en las que puedes apoyarte para vencer el poder de ese ídolo. Asegúrate de invitar a otros en tu proceso de reflexión y arrepentimiento.

Como dijo un escritor: “No puedes ver tu propio rostro”. Nos necesitamos los unos a los otros para ver claramente nuestro pecado y lidiar honestamente con él.

Al aprender a vivir una vida centrada en el evangelio, recuerda: esta es la esencia de caminar con Jesús. El arrepentimiento y la fe no son pasos *en* el camino; más bien *son* el camino. La obra de Dios es *crear*.

Discusión

- Usando la lista del artículo, ¿cuáles crees que son uno o dos de los más grandes ídolos de tu corazón?

- ¿Cómo se manifiestan esos ídolos en su vida? En otras palabras, ¿cuáles son los pecados externos que son impulsados por esos ídolos? La manera de tratar con los ídolos del corazón es aplicando el evangelio a nuestros asuntos específicos. Hablemos de cómo podemos aplicar el evangelio a nuestros ídolos del corazón.

- ¿De qué formas ves que este ídolo te está fallando?

- ¿De qué manera el evangelio “cumple lo que ofrece” en esta área? (es decir, cómo es que el evangelio satisface en realidad tus deseos de manera más plena que tus ídolos?)

- Qué necesitas recibir -por fe- del evangelio para vencer a estos ídolos en tu vida? En otras palabras, ¿cuáles son las verdades bíblicas específicas que necesitas “creer de verdad” para combatir las idolatrías en tu corazón? ¿Se te hace difícil creer estas verdades? ¿Por qué?

- ¿De qué maneras tus ídolos del corazón debilitan tu capacidad de amar?

- ¿De qué maneras el evangelio te libera para amar bien a los demás?



Lección 7

MISIÓN

La Idea Principal

De manera simultánea, el evangelio obra *en* y *a través* de nosotros. Internamente, nuestros deseos y motivos van siendo cambiados al arrepentirnos y creer el evangelio. Al experimentar el amor de Cristo de esta manera, somos impulsados a comprometernos con los que están a nuestro alrededor con ese mismo amor con intenciones redentoras. La gracia de Dios trae una renovación en todo lugar, en nosotros y a través de nosotros.

Conversación Bíblica

Gálatas 5:13-15

Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros. Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Pero si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que también no os consumáis unos a otros.

- ¿Cómo es que podemos usar nuestra libertad como una oportunidad para pecar?
¿Qué cosas nos impiden servirnos unos a los otros como nos instruye este pasaje?

- ¿Qué tiene que ver todo esto con el evangelio o con una vida centrada en el evangelio? Nuestra tendencia es pensar en la transformación como una realidad personal e interna. Así es, pero también se trata de una realidad que tiene su expresión externa. Este artículo lo explicará con mayor profundidad.

Artículo:

EL EVANGELIO NOS IMPULSA HACIA AFUERA

Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros.

Gálatas 5:13

Cuando entendemos verdaderamente la profundidad y la riqueza del evangelio, de manera natural sentimos gozo, deleite y libertad por lo que Cristo es y por lo que ha hecho en nuestro favor; sin embargo, como enseña este versículo, es posible que usemos incluso nuestra libertad como “una ocasión” para la carne. Nuestros corazones pecaminosos pueden tomar los buenos beneficios del evangelio y usarlos para propósitos egoístas.

No existe otro lugar en que esto sea más evidente que en nuestra tendencia a hacer del evangelio una experiencia meramente privada. Cuando oímos las palabras *transformación, renovación o crecimiento*, concebimos estos beneficios principalmente en términos personales e internos: *mi* transformación, *mi* crecimiento, la renovación que hace el evangelio de *mi* corazón. Y claro que el evangelio es personal e interno, pero es también mucho más que eso.

Cuando la gracia de Dios está obrando *en y dentro de* nosotros, también lo hace *a través de* nosotros. La renovación interna de nuestras mentes y corazones crea un impulso externo que nos mueve hacia el amor y el servicio a los demás. El siguiente diagrama es útil para ilustrar este concepto.

La gracia de Dios es la fuerza impulsora de todo cambio. El gráfico nos recuerda que la gracia tiene un movimiento hacia dentro y un movimiento hacia afuera que se encuentran uno frente al otro. Internamente, la gracia de Dios me mueve a ver mi propio pecado, a responder en arrepentimiento y fe, y luego a experimentar el gozo de la transformación. Externamente, la gracia de Dios me mueve a ver oportunidades para amar y servir, responder en



arrepentimiento y fe, y experimentar gozo al ver a Dios obrar a través de mí.

En otras palabras, el evangelio no sólo es la respuesta a tus pecados internos, luchas y a los ídolos de tu corazón, sino es también la respuesta a tu fracaso de amar a los demás, de conectarte con la cultura y de vivir con una mentalidad misional (anunciar el evangelio). Si el evangelio te está renovando internamente, también te estará impulsando externamente. Y así lo debe hacer, puesto que se trata de “las buenas noticias (evangelio) del reino” (Mateo 9:35), ¡y el reino de Dios no es personal y privado!

Jesús nos enseñó a orar diciendo: “Venga tu reino, hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mateo 6:10). Cuando oramos por la venida del reino, estamos orando tanto para que Cristo reine en los corazones de la gente (interno) como para que su voluntad se haga en cualquier lugar, así como se hace en el cielo (externo).

¿Cómo se ve en la práctica este movimiento del evangelio? Veamos un ejemplo. Sé que debo amar a mi prójimo. Jesús lo ordenó; de hecho, dijo que se trata del cumplimiento de la ley (Gálatas 5:14). Sin embargo, mi vecino de al lado y yo no tenemos mucho en común, pues es mucho mayor que yo y tiene diferentes gustos en todo: música, películas, comida, carros, estilo de vida, etc. Mientras que yo disfruto de conversar del nuevo músico que acabo de descubrir, o del nuevo libro que acabo de leer, a él le gusta recordar los tiempos pasados cuando sirvió con el ejército en Vietnam.

Durante meses luché contra la culpa en mi relación con mi vecino. Sabía que debía buscarlo y hacerme su amigo, pero ese sentido de “deber” no tenía ningún poder para motivarme. Era la ley, no el evangelio. Podía mostrarme lo que debía estar haciendo, pero no podía cambiar mi corazón para querer hacerlo de verdad. Me enfrenté a este dilema: forzarme a amar y servir a mi vecino a pesar de no querer hacerlo, o ignorarlo y no hacer nada. Sabía que ignorarlo era pecado, pero la primera opción no se sentía mucho mejor. ¿Honraría de verdad a Cristo una obediencia mecánica sin gozo? ¿Fue la intención de Dios que sus mandamientos se sintieran como una pesada carga?

Cuando la gente enfrenta este dilema, la mayoría escoge entre el legalismo (obedecer a pesar de no tener ganas de hacerlo) o el libertinaje (no obedecer en absoluto). ¡El evangelio no es ninguno de los dos! El evangelio de la gracia de Dios es el combustible para la misión, y cuando andamos bajo de combustible, nuestro amor y servicio a otros quedan estáticos.

La respuesta al dilema con mi vecino llegó a través del evangelio. Cuando la gracia de Dios empezó a renovar mi corazón, vi que la raíz del problema era mi propio egoísmo y falta de amor. Mi amor al prójimo era condicional: si él hubiera sido más joven o más inteligente, o hubiera tenido más en común conmigo, yo lo habría

apreciado más. Me empecé a arrepentir de este pecado y renové mi mente con las promesas del evangelio, especialmente con el hecho de que Dios *me* amó siendo aún pecador (Romanos 5:8). Por Su gracia, Dios se había acercado a mí cuando no tenía nada en común con él; y ciertamente, por la gracia de Dios, ¡yo podía amar a mi vecino de la misma manera! Cuando el evangelio renovó mi corazón, sucedió una cosa extraña: mi actitud hacia mi vecino empezó a cambiar; empecé a sentir por él un amor y un aprecio verdaderos –y no se trataba de un mero sentimiento que yo hubiera forzado, sino uno que llegó de manera natural. La renovación interna del evangelio me impulsó externamente hacia el amor y servicio a mi vecino. La misión se convirtió en un gozo, no una carga.

Comprender la propulsión externa de la gracia de Dios es crucial para nuestro entendimiento de la misión. Significa que la misión no es un deber (algo que “debemos” hacer), sino un brote natural de la obra del evangelio en nuestro interior. Si tú no estás motivado a amar, servir y hablar del evangelio a las personas, la respuesta no es “sólo hazlo”. La respuesta es examinar tu corazón, arrepentirte del pecado, y discernir el lugar donde tu incredulidad le está haciendo un corto circuito al movimiento natural del evangelio. Cuando el evangelio renueva tu corazón, también renueva tu deseo de avanzar en fe hacia las relaciones y oportunidades que Dios va poniendo en tu camino.

En palabras simples, la gracia de Dios está siempre yendo a alguna parte: hacia adelante, extendiendo su reino, impulsando a su pueblo hacia el amor y el servicio a los demás. Al aprender a vivir a la luz del evangelio, la misión debería ser un brote natural. La gracia de Dios trae una renovación interna (en nosotros) para poder traer una renovación externa (a través de nosotros)

Ejercicio: Hacia el Corazón de la Misión

EXAMEN DE TU CORAZÓN PARA LA MISIÓN

1. Identifica una oportunidad misional en tu vida en la que no estés motivado para hacer lo que “debes” hacer. Algunas categorías para empujarte a pensar son: mostrar hospitalidad a los vecinos, orar activamente *por* y acercarte a tus compañeros de trabajo, compartir el evangelio con algún familiar, servir a alguna persona pobre, dar generosamente, guiar espiritualmente como esposo o padre, defender una perspectiva bíblica en algún asunto particular, etc.

2. ¿Cuáles son los asuntos del corazón que te impiden estar correctamente motivado en esta situación? Al orar y reflexionar en la raíz de tu falta de acción, ¿qué es lo que puedes discernir al respecto? Sé lo más específico y detallado que puedas con estas cosas que te impiden expresar a los demás un amor que se centra en el evangelio

3. Arrepentimiento: ¿Cuál es el pecado que ves en ti y del que debes arrepentirte?

Fe: ¿cuáles son las verdades o promesas del evangelio que no estás creyendo de verdad?

Ejercicio:
Hacia el Corazón del Perdón

Ejercicio para aplicar

1. Piensa en una o dos personas a quienes necesites perdonar (o perdonar más profundamente). Si se te hace difícil pensar en alguien, pídele a Dios que te muestre a alguien. Estas son algunos escenarios y sentimientos que pueden ayudar a pensar en alguien: alguien de quien te hayas distanciado, gente con la que te sientes incómodo, gente de la que ya no disfrutas su presencia, conflictos relacionales que repasas una y otra vez en tu mente, alguien que dijo o hizo algo que te lastimó, sentimientos de enojo, amargura, irritación, miedo, chisme o un espíritu criticón.
2. ¿Qué es lo que más te perturba o irrita de esta persona?
3. ¿Cuáles son los asuntos relacionados con la “justicia” están involucrados en la situación? ¿De qué maneras esta persona te hirió, te ofendió o pecó contra ti?
4. ¿Cuáles son las condiciones que inmediatamente quieres poner al frente antes de perdonar verdaderamente a esta persona? En otras palabras, ¿qué es lo que tu corazón quiere demandar de esta persona antes de perdonarla? ¿Qué cosas específicas deseas que dijera o hiciera?
5. Describe tu propia deuda con Dios. ¿Cómo la comparas con la deuda de la gente que mencionaste (sin importar si está cancelada y perdonada)? No te apresures con esta pregunta. Tómate tu tiempo para describir detalladamente tu deuda y enlista todas las formas específicas en que se manifiesta el pecado en tu vida.
6. ¿Qué reflejan tus anteriores formas de relacionarte con estas personas acerca de:
 - a) la opinión que tienes de ti mismo
 - b) el perdón de Cristo?



Lección 8

PERDÓN

La Idea Principal

El evangelio que obra en nosotros, siempre obra a través de nosotros; su poder se muestra en nuestras relaciones y nuestras acciones. Una forma en que sucede esto es cuando perdonamos a los demás de una manera bíblica.

Conversación Bíblica

Mateo 18: 21–35

Entonces se le acercó Pedro y le dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete. Por lo cual el reino de los cielos es semejante a un rey que quiso hacer cuentas con sus siervos. Y comenzando a hacer cuentas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. A éste, como no pudo pagar, ordenó su señor venderle, y a su mujer e hijos, y todo lo que tenía, para que se le pagase la deuda. Entonces aquel siervo, postrado, le suplicaba, diciendo: Señor, ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo. El señor de aquel siervo, movido a misericordia, le soltó y le perdonó la deuda. Pero saliendo aquel siervo, halló a uno de sus consiervos, que le debía cien denarios; y asiendo de él, le ahogaba, diciendo: Págame lo que me debes. Entonces su consiervo, postrándose a sus pies, le rogaba diciendo: Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo. Mas él no quiso, sino fue y le echó en la cárcel, hasta que pagase la deuda. Viendo sus consiervos lo que pasaba, se entristecieron mucho, y fueron y refirieron a su señor todo lo que había pasado. Entonces, llamándole su señor, le dijo: Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste. ¿No debías tú también tener misericordia de tu consiervo, como yo tuve misericordia de ti? Entonces su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía. Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas.

- ¿Cuál es la idea principal de la historia?
- ¿Cómo aplicas esta historia a tu vida? ¿hay alguien a quién no haz perdonado?
¿Cuáles son las razones?

Artículo:

EL EVANGELIO NOS CAPACITA PARA PERDONAR

Una de las cosas más difíciles en la vida es perdonar a la gente que nos lastima; mientras más profunda es la herida, el reto se hace más grande. Frecuentemente se nos hace confuso entender lo que realmente es el perdón. ¿Tenemos que “perdonar y olvidar”? ¿Acaso es posible? ¿Y qué significa exactamente “amar a mi enemigo”? ¿Y qué de la persona que abusó sexualmente de mí? ¿O del jefe que ha llegado lejos en su puesto a expensas de mí? ¿O de mi pareja que me engañó? ¿O del amigo que me calumnió y dañó mi reputación?

Hemos visto que cuando el evangelio realmente echa sus raíces *en* nosotros comienza a obrar *a través de* nosotros. El perdón es un área donde el evangelio debe “ponerse a trabajar” en nuestras vidas. De hecho, perdonar a otros es realmente imposible a menos que nosotros mismos estemos viviendo a la luz del perdón de Dios. Así que consideremos cómo el evangelio nos impulsa a perdonar a los demás.

El evangelio comienza cuando Dios se acerca a nosotros; él toma la iniciativa, aunque él es la parte ofendida. Él obró para reconciliar la relación “siendo enemigos de Dios” (Romanos 5:10). Nuestro pecado nos había separado de él (Isaías 59.2); él tenía todo el derecho de condenarnos, de resistirnos y de terminar la relación, pero no lo hizo. En vez de eso, él se acercó a nosotros: “Siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8)

Sin embargo, la reconciliación con Dios requiere nuestro arrepentimiento. Mediante el perdón de nuestros pecados, Dios extiende la oferta de la reconciliación, pero la reconciliación no está completa hasta que nos arrepentimos y recibimos su perdón mediante la fe. Miren cómo quedan reflejadas ambas dinámicas en 2 Corintios 5:19-20: “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios”.

La Biblia le da todo el crédito, la gloria y la alabanza a Dios por la salvación, porque es debido solamente a su iniciativa de gracia que somos capaces de responder a su oferta de perdón (Efesios 2:8,9) Nuestra respuesta de arrepentimiento y fe es esencial; la salvación no es universal; sólo aquellos que se arrepienten y reciben la oferta de la gracia de Dios serán reconciliados con él.

Entonces, podemos resumir el perdón de Dios de esta manera: al acercarse a nosotros, Dios nos invita y nos capacita para que nosotros nos acerquemos a Él. El evangelio comienza cuando Dios (la parte ofendida) se acerca a nosotros (la parte ofensora). Él

cancela nuestra deuda y nos abre una oportunidad para la reconciliación. Si reconocemos nuestro pecado y nos arrepentimos, quedamos reconciliados con Dios y podemos experimentar el gozo y el deleite de nuestra relación con él.

Entonces, ¿cómo se ve el perdón que debemos darles a los demás en virtud del perdón que Dios nos ha dado a nosotros? Después de todo, eso es lo que la Biblia ordena: “Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo” (Efesios 4:32). La Biblia da por sentado que si hemos experimentado verdaderamente el perdón de Dios en el evangelio, estaremos perdonando radicalmente a los demás. Por el contrario, si no estamos perdonando y estamos rencorosos, con resentimiento o amargura hacia los demás, entonces es una señal segura de que no estamos viviendo por el profundo gozo y la libertad del evangelio.

Nuestro perdón a los demás tiene la intención de reflejar el perdón que Dios nos ha dado; por tanto, debemos tomar la iniciativa: “Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcílate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda. Mateo 5:23-24. Debemos ofrecerles el perdón y abrir una puerta para la reconciliación, aunque la reconciliación siempre depende del arrepentimiento de la otra persona. El consejero y autor cristiano Dan Allender ha sugerido una útil analogía:

“El perdón incluye un corazón que cancela la deuda, pero que no da prestado una nueva cantidad de dinero hasta que ocurra el arrepentimiento”.

Al igual que Dios, nosotros tomamos la iniciativa en acercarnos a aquellos que nos han ofendido y los invitamos a acercarse a nosotros en arrepentimiento.

Lo que esto significa es que nuestro trabajo no ha terminado hasta que hayamos perdonado a alguien. El deseo de nuestro corazón no debe ser simplemente perdonar la ofensa, sino que en última instancia, ver a la otra persona reconciliada con Dios y con nosotros. Queremos ver destruido el poder del pecado sobre esa persona. Y aunque no podemos hacer que esto suceda, debemos orar por eso, anhelarlo y recibirlo con agrado cuando ocurre. ¿Dónde encontramos el poder para hacer esto? Después de todo, ya es bastante difícil sólo perdonar a alguien que nos ha herido profundamente; ¿cómo, pues, encontramos la gracia y la fortaleza para anhelar la restauración?

La respuesta está, desde luego, en el evangelio. El evangelio no solamente nos muestra *cómo* debemos perdonar; nos *capacita* para poder perdonar. Cuando decimos: “Es que no puedo perdonar a esa persona por lo que me hizo”, esencialmente estamos diciendo: “El pecado de esta persona es más grande que el mío”. Nuestra conciencia de

nuestro pecado es muy pequeña, mientras que nuestra conciencia del pecado de los demás es muy grande. El sentimiento dentro de nosotros es que *nosotros* sí merecemos ser perdonados, pero *no* la persona que nos ofendió. Estamos viviendo con una perspectiva pequeña de la santidad de Dios, de nuestro pecado y de la cruz de Cristo.

Pero cuando nos aferramos a la perspectiva del evangelio para mirar nuestro propio pecado, reconocemos que la deuda de pecado que Dios ha perdonado es mayor que cualquier pecado que hayan cometido en nuestra contra; y del mismo modo, empezamos a ver más claramente la distancia entre su perfección y nuestra imperfección. Cuando la importancia de la obra de la cruz crece en nuestra conciencia, también va creciendo nuestra disposición y nuestra habilidad para buscar la restauración con los demás. Después de todo, si Dios perdonó la enorme ofensa de nuestro pecado contra él, ¿cómo no podemos perdonar el pecado de los demás? Y aunque pueda ser una falta muy severa, palidece en comparación con nuestra propia culpa delante de un santo y justo Dios.

El perdón es costoso; significa la cancelación de una deuda cuando sentimos que tenemos todo el derecho de exigir el pago; significa absorber el dolor, el daño, la vergüenza y el pesar del pecado de alguien en nuestra contra. Significa anhelar el arrepentimiento y la restauración; no obstante, esa es exactamente la forma en que Dios se ha acercado a nosotros en Cristo Jesús; y a través del evangelio, el Espíritu Santo nos capacita para hacer lo mismo con los demás.

Ejercicio:

Hacia el corazón del Perdón (II parte)

Preguntas de Aplicación

1. **Explica** cómo el evangelio puede capacitarte para que tengas la compasión y el amor genuino hacia la gente que necesitas perdonar. (Sé específico en tus situaciones)
2. **Describe** algunos de los pasos específicos de amor que llevarás a cabo en estas relaciones. ¡Esto no es teoría! Como grupo, estamos ayudándonos unos a otros para vivir el evangelio. Seremos un ambiente para poder rendirnos cuentas, a fin de alcanzar esa meta.



Lección 9

CONFLICTO

La Idea Principal

El conflicto es un asunto que todos experimentamos (regularmente), pero que manejamos de maneras muy carnales. El evangelio nos da un patrón y un medio para la resolución saludable de los conflictos

Conversación Bíblica

Gálatas 2:11-14

¹¹ Pero cuando Pedro vino a Antioquía, lo reprendí cara a cara, porque era de condenar, ¹² pues antes que llegaran algunos de parte de Jacobo, comía con los gentiles; pero después que llegaron, se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión. ¹³ Y en su simulación participaban también los otros judíos, de tal manera que aun Bernabé fue también arrastrado por la hipocresía de ellos. ¹⁴ Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: "Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar?"

- ¿Por qué Pedro estaba en un error?

- ¿Cuál fue el motivo de Pablo al confrontar a Pedro?

Artículo:

El Evangelio nos ayuda a pelear limpiamente

Hemos visto que a medida que el evangelio nos va renovando internamente, también va fluyendo desde dentro de nosotros para traer renovación a nuestras relaciones. Nada es más común en las relaciones que el conflicto. Si el evangelio no está afectando la forma en que tratamos con el conflicto, entonces es probable que no nos esté tocando muy profundamente. En este artículo veremos cómo el evangelio nos ayuda a pelear limpiamente.

Piensa en el pleito más reciente que hayas tenido. Quizá el conflicto fue con tu esposa, un miembro de tu familia o un compañero de trabajo. Ahora, haz a un lado las circunstancias de la discusión (cuál fue el problema, cómo te hizo sentir, quién tuvo la razón o la culpa) y toma un momento para considerar tus acciones durante el conflicto. Probablemente tu comportamiento caiga en una de dos categorías.

Algunas personas son atacantes; les gusta estar a la ofensiva; le dan un alto valor a la justicia, de modo que es de gran importancia para ellos el asunto de quién tiene la razón y quién no.

A continuación las posibles señales de que seas un atacante:

- ☞ Tu manera de tratar tu enojo o la frustración es desahogándote
- ☞ Defiendes tus ideas apasionadamente.
- ☞ Haces preguntas tales como: ¿Cómo lo sabes? Y ¿Lo puedes probar?
- ☞ Tienes deseos de pelear hasta que se acaba el pleito.
- ☞ Haces diferentes preguntas sobre lo mismo (como lo hacen los abogados) para llegar al meollo del conflicto
- ☞ Ganar la discusión es más importante que amar al oponente.
- ☞ Desvías el conflicto para enfocarlo en la otra persona, incluso si el foco del problema comenzó contigo.

En el otro lado del espectro están los evasores: las personas con esta tendencia normalmente están a la defensiva; tienden a evitar o ignorar el conflicto y cuando se les presiona para entrar a una discusión, responden en silencio brusco o con una pasividad llena de apatía. Si eres un evasor, estos son algunos patrones de conducta que quizá puedas reconocer:

- ☞ Tu manera de tratar tu enojo o la frustración es reprimiéndolo.
- ☞ Tienes tus propias opiniones, pero te las reservas con tal que “se mantenga la paz”
- ☞ Haces preguntas tales como: “¿Es necesario hablar de esto ahora?” o “¿Realmente es importante?”
- ☞ Prefieres evitar un pleito que ganarlo.

☞ A veces abandonas físicamente una discusión sólo para “tener un poco de espacio”

Estas son las formas típicas de responder al desacuerdo, la frustración, o la ofensa. El hecho de que estas respuestas sean consideradas “normales” (e.d. naturales) es una indicación de que quizá no sean bíblicas (e.d. sobrenaturales)

Entonces, ¿cómo podemos acercarnos a una forma bíblica para resolver conflictos? Para ello, aprendamos de un desacuerdo entre Pablo y Pedro en Gálatas 2. Esta contienda surgió mientras la iglesia primitiva se expandía más allá de Jerusalén y cuando muchos gentiles se convertían a la fe en Cristo. Los cristianos de origen judío estaban importando algunas de sus prácticas tradicionales a su adoración a Cristo. Por el otro lado, los gentiles no tenían ninguna devoción a las costumbres judías como la circuncisión o ciertas reglas concernientes a la comida.

Pedro, un judío, entendió el evangelio lo suficientemente bien como para recibir con los brazos abiertos a los nuevos creyentes gentiles y sin ataduras de ningún tipo (Hechos 10:9-48). Sin embargo, su aplicación del evangelio fue puesta a prueba cuando se encontró con una compañía mixta de personas. Algunos maestros judío legalistas de Jerusalén habían empezado a imponer sus costumbres y leyes judías a los convertidos gentiles. Cuando estos maestros llegaron a Antioquía, donde Pedro se encontraba conviviendo y comiendo con los gentiles, Pedro empezó a separarse de los gentiles.

El intento que hizo Pedro de apaciguar a los legalistas judíos agravó el problema pues implicaba que estaba de acuerdo con las creencias de esos maestros. Al final de cuentas, hasta el mismo Bernabé siguió su ejemplo. Los dos hombres habían caído en la hipocresía, profesando estar con los gentiles en Cristo, pero actuando en maneras que destruían esa unidad.

Al observar ese comportamiento, Pablo sabía que no podía ignorar o evadir la situación. Los riesgos eran demasiado altos, pero también tenía que abordar la situación de la manera correcta. “Explotar en cólera” no iba a traer el tipo de reconciliación que él quería. Y aunque este pasaje bíblico no nos da todos los detalles, la descripción que hace de la interacción de Pablo con Pedro es un buen ejemplo de un enfoque al conflicto que está centrado en el evangelio.

Pero cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí (Pablo) cara a cara, porque era de condenar. Pues antes que viniesen algunos de parte de Jacobo, comía con los gentiles; pero después que vinieron, se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión. Y en su simulación participaban también los otros judíos, de tal manera que aun Bernabé fue también arrastrado por la hipocresía de ellos. Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del

evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si tú (Pedro), siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar?

Notemos estos aspectos de las acciones de Pablo:

PABLO ABORDÓ PÚBLICAMENTE A PEDRO. No evitó a Pedro, no chismeó, ni trató de intimidarlo; lo confrontó, yendo directamente a la persona con quien había tenido el conflicto. En este caso, la confrontación fue pública. Esto no siempre es necesario; pero como el pecado fue de carácter público y tenía consecuencias más trascendentes, Pablo se aseguró de que la confrontación estuviera a la misma altura de la situación.

LA MOTIVACIÓN DE PABLO NO ERA UNA AUTODEFENSA, NI UN INTERÉS PERSONAL, SINO LA DEFENSA DEL EVANGELIO. “No andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio.” (Gál. 2:14). La preocupación de Pablo por el evangelio y las relaciones en el cuerpo de la iglesia sobrepasó la tentación de atacar o evadir.

PABLO PRESENTÓ EL ASUNTO DIRECTAMENTE E INVITÓ A UNA RESPUESTA DE PARTE DE PEDRO. “Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar?” (Gál. 2:14b).

Este tipo de confrontación centrada en el evangelio refleja el acercamiento de Dios hacia nosotros en el evangelio. Dios no derramó su ira sobre nosotros (atacar) ni retiró su presencia de nosotros (evadir), sino que se acercó sacrificialmente a nosotros en la persona de Jesucristo, lleno de gracia y verdad. De este modo, el evangelio provee el patrón bíblico para la resolución de conflictos. Tenemos una motivación apropiada (amor), la confianza (fe) y un medio para resolver el conflicto (gracia y verdad).

El evangelio nos llama a arrepentirnos de nuestros patrones pecaminosos de atacar y evadir, y nos da la fortaleza para acercarnos al conflicto por fe, con una intención humilde y confiada que glorifica a Dios. Podemos abandonar la forma “normal” de hacer las cosas haciéndolas como nos dice el evangelio.

Discusión

- ¿Quién es un atacante? ¿Quién es un evasor?

- Menciona las cosas con las que más te identificaste en las dos listas del artículo (es decir, de qué maneras específicas tiendes a atacar o a evadir.

- ¿Por qué crees que manejamos el conflicto de esta manera?

Ejercicio

Cómo resolver conflictos con un enfoque en el evangelio

El siguiente cuadro comparativo presenta un esquema de las diferencias entre las dos maneras de abordar un conflicto: atacar y evadir. Ya que no todo lo que está en este cuadro comparativo ocurre en cada conflicto ni en cada persona, enfócate en cualquiera de las descripciones que te sean particularmente relevantes. La meta es ayudarte a identificar lo que está en la raíz de los patrones poco saludables del conflicto en tu vida y proveer un claro camino hacia una resolución que esté de acuerdo con el evangelio.

ASPECTO	ATACAR	EVADIR	EVANGELIO
ACTITUD BÁSICA DEL CORAZÓN	Autojusticia	Inseguridad	Arrepentimiento, perdón
FUENTE DE PODER	La carne, el orgullo	La carne, el temor	El Espíritu Santo
COMPROMISO	Tener la razón	Evitar el conflicto	Entender y conectarse con la gente
DIRECCIÓN	Discutir o someter	Negar o apaciguar	Transmitir e invitar
SENTIMIENTO	“La vida está a salvo”	“La vida es menos dolorosa”	“La vida es desafiante”
META	Auto protección	“Paz”	La gloria de Dios, el bien de las partes
RESULTADO	Dolor, división	Amargura, separación	Relación sana, reconciliación

¿Cómo abor das normalmente un conflicto: tiendes a atacar o a evadirlo? ¿Con cuáles de las descripciones del cuadro te identificas de manera particular?

UN ENFOQUE AL CONFLICTO CENTRADO EN EL EVANGELIO

1. **ACTITUD BÁSICA DEL CORAZÓN:** Identifica si tu tendencia es hacia la autojusticia o la inseguridad. ¿Tiendes a estar a la defensiva, o culpar a los demás, o siempre piensas que tienes la razón (autojusticia)? Tiendes a alojar el enojo, chisme o almacenas cosas para evitar la confrontación (inseguridad)? Confiesa estas cosas como pecados, a Dios y a los que están involucrados.

2. **FUENTE DE PODER:** Reconoce lo que impulsa tu ataque o tu evasión. ¿Estás preocupado por: estar equivocado, perturbar la paz, o por la aprobación de los demás? Por fe, afirma tu confianza en el poder del Espíritu Santo para liberarte de estos pecados de orgullo y temor.

3. **COMPROMISO.** Comunícales a los que están involucrados que quieres buscar la solución al conflicto. Como una ayuda, identifica lo siguiente: ¿qué otra cosa más tienes a buscar en vez de la solución al problema (tener la razón, estar “a salvo”, o la comodidad? Rechaza estas cosas por ser falsas y destructivas.

4. **DIRECCIÓN.** Al interactuar con la persona con la que tienes el conflicto, habla honesta y respetuosamente de tus pensamientos y sentimientos e invítala a hacer lo mismo. ¿Se entienden ambas partes? ¿Qué es lo que normalmente se interpone en el camino para que entiendas a la otra persona o para que la otra parte te pueda entender (enojo, actitud peleonera, deshonestidad, timidez, prejuicios hacia los demás?

5. **SENTIMIENTO Y META.** Menciona lo que le costará a cada uno de ustedes resolver este conflicto. Especifica los pasos que se necesitan tomar para llegar a la solución. Ora para que se haga la voluntad de Dios (su gloria y el bien de ambas partes). Pídele que te ayude a pagar el precio de la solución, agradeciéndole por pagar el precio más grande de la muerte para resolver el conflicto más grande de nuestra rebelión pecaminosa.